

Tía Marta y vestido para el cumpleaños

Manuel Capetillo Robles Gil* / Escuela Nacional de Arquitectura

A María Eugenia

A María de la Luz

La señora Marta es la que siempre habla cuando viene a visitar a mi mamá en las tardes, pues su voz, aunque no tan aguda como la de una señorita grande que se llama Josefina, quien vive en una de las casas del fondo en nuestra privada, más bien domina a la de mamá, persona de pocas palabras. Casi siempre lleva la conversación esa señora, y en estos momentos trata de convencer a mamá para que celebremos mi cumpleaños.

Entonces, cuando viene, y casi nunca falla, salgo al balcón para recibir un poco de sol y dejar de tener ese frío después de la comida. Hoy la he visto, como siempre que estoy jugando con mis dos muñecas, al momento de acercarse a nuestra casa, la he visto a través de los barrotes del barandal, mientras tomaba el sol después de la comida en el balcón de la esquina. Su sombrero tan grande, su figura gordita y su modo de andar son inconfundibles, y en el primer momento, al distinguirla, dejé las muñecas y bajé volando la escalera, sin tener miedo de sus vibraciones y de que fuera a derrumbarse, aunque sea una escalera vieja de madera, con tablones apolillados y muchos pedazos ya caídos. Le he dado un beso en la frente y he recibido uno suyo en la mejilla, le dije "tía", como sé decirle desde que era yo muy chica, aunque ya después me he dado cuenta que no es hermana de papá o de mamá, en la misma forma que las otras tías, y después me fui al comedor, donde está la mesa con el foco, para poder iluminarme al ir haciendo la tarea. Papá me mira desde el sillón con el resorte a punto de saltarse, y los dos nos miramos y reímos cuando la voz de tía Marta aumenta de volumen. De pronto, disminuye hasta no escucharse nada. Me levanto y, sin que papá se oponga, me acerco a la salita. Es entonces cuando oigo de la fiesta que va a haber por mi cumpleaños.

Estoy junto a la puerta y tengo que asomar la cabeza a través de la rendija. Mamá y tía ven hacia la ventana de la calle, un poco ladeadas, de modo que en un descuido mío podrían llegar a sorprenderme, aunque estoy muy lista para moverme aprisa. Como digo, quien habla es la tía Marta, repitiendo en varias formas lo de que papás debían hacerme la fiesta de cumpleaños, pero mamá le dice que "hay que pensarlo, considerando las dificul-

* Del Taller de Cuento.

tades económicas por las que atravesamos: papá lleno de trabajo, agotándose durante los mejores años de su vida, y con unos ingresos que apenas si le alcanzan”.

—Mira —le responde tía, al acomodarse en la orilla de uno de los tres sillones, en el que está más cerca del balcón donde me entretengo después de la comida—, mira, también sé que estás enferma, delicada, y ¡vamos, querida!, que no conviene te esfuerces con los arreglos de la fiesta (mamá desde hace mucho se siente mala, papá dice que le va a traer al médico): algo sencillo, cualquier cosa, y desentendiéndose por completo tú y tu marido. Simplemente ya no insisto, y verás que tu hija tiene fiesta; todas han tenido este año, ¿por qué no iba a ser así con Nina? —Y al final:

—Recuerda que para ella será un secreto hasta su día. —Después de esto, tuve que esconderme y alejarme de puntitas.

Ya cuando estaba obscureciendo, sin mis tareas escolares y acurrucada en el mismo sillón que usa papá cuando descansa antes de regresar a su trabajo, oí que mamá me llamaba para que fuera a despedirme; entré y estuvimos platicando un rato, antes de decirle adiós a tía junto a la puerta. Nada sé, para ellas, de la fiesta de mis once años.

Sofía vive enfrente, dentro de nuestra privada, en la otra casa que hace esquina con la calle. Muchas veces, antes, nos quedábamos largo rato en los balcones, platicando, entretenidas en contar los pedazos de cemento que se estaban cayendo en la fachada y los coches que pasaban por la calle, o nos quedábamos afuera durante el principio de los aguaceros, hasta que nos llamaban para regañarnos. No nos gusta ver colgar zapatos de los alambres eléctricos, ni tiras de papel que les enredan los muchachos, y por eso, con palos, tratamos de tirarlos desde los balcones, pero a pesar de ser ociosos ellos nos gustan, si no nos molestan cuando juegan con nosotras en el patio, si no destruyen las plantas que están en las macetas o persiguen a los gatos.

Sofía y yo hemos sido amigas desde hace muchísimo tiempo, aunque su mamá nos diga que ellas siempre han vivido ahí, mientras que nosotros sólo llevamos ocho años de estar en esta casa. Mis papás dicen lo mismo, pero Sofía y yo nos conocemos desde siempre, pues a ella es a la única que puedo confiar todos mis secretos. Quisiera ir, antes de tomar la cena, para decirle lo que oí sobre mi fiesta, ir y entretenerme en el taller de costura de la señora Estrada, sentirme muy niña y disfrazarnos como si ya fuera el día de mi cumpleaños.

Casi siempre vamos al taller de su mamá, que está en el sótano, donde la señora se pasa todo el día. Sofía y yo la vemos cuando trabaja —es lo que más nos gusta—, y ella nos pide que la ayudemos, tal vez para que estemos entretenidas y sin molestarla.

Ni yo ni Sofía cosemos muy bien. Me doy cuenta, porque los únicos vestidos que hemos hecho han sido para nuestras muñecas —uno yo y uno Sofía—, y su mamá los tuvo que componer en casi todo, y lo hizo “para que ya fuéramos aprendiendo de veras”, como nos dijo, y para que no estuviéramos tristes.

En ningún otro lugar jugamos mejor que en el taller de la señora Estrada, si está ella, porque es muy buena con nosotros, o si sale a entregar la ropa y hacemos de cuenta que cosemos. Ahora, cuando vuelve, encuentra que todo está en orden, igual que como lo dejó antes de salir a sus entregas, y esto pasa desde hace como unos dos meses, cuando tuvo que castigar a Sofía y acusarme a mí por cambiarle de lugar las cosas. En realidad, ni antes ni después de eso hemos hecho alguna otra maldad en el taller de costura, pues no nos habían castigado, ni nos han castigado desde entonces. Sofía le pregunta a su mamá si va a estar fuera mucho tiempo y, después de que sale, va y me avisa. Nos gustan sobre todo las telas de muchos colores, nos envolvemos en ellas y caminamos imitando a la mamá de Nerus.



La familia de Nerus vive al fondo, en una de las casas que cierran la privada. Su mamá no es chocante, pero camina de un modo muy chistoso que a Sofía y a mí nos divierte mucho, moviéndose de un lado para otro y tropezándose. También su voz es rara, muy aguda, aunque tiene un cuerpo mucho más gordo que el de tía Marta. Por supuesto, cuando estamos con Nerus nunca le decimos esto, sino que lo platicamos nada más cuando estamos en el taller de costura.

Tía Marta se fue hace ya rato. No quise pedirle permiso a mamá de ir a casa de Sofía, luego luego después de que ella se fuera, para que no sospechara, así que ya está oscuro y tal vez no me deje. Doy vueltas, paso por la cocina, salgo al balcón y trato de ver a Sofía, pero debe estar en la merienda. No quiero que mamá me haga preguntas de para qué quiero verla a estas horas, se oye el ruido de la puerta y la voz de papá que nos saluda, la merienda está lista, será mañana cuando pueda ir a contarle lo de mi fiesta de sorpresa.

Ya pude. Fue lo primero que le dije, después de tomar el desayuno, y también que estuve soñando con el día de mi cumpleaños. Me levanté un poco más temprano y desayuné un poco más aprisa. Vine corriendo a su casa, sin pedir permiso a mamá, pues a estas horas no me ha dicho que lo haga; estamos abajo, en el taller, para que su mamá no se dé cuenta que ya conocemos el secreto, y nos asomamos por las ventanas, que nos quedan altas, y sólo vemos los zapatos de aquellos que entran en la privada, y la parte baja de sus piernas. Sofía oye lo de la fiesta y mi sueño, y dice que lo que pasa en los sueños siempre llega a realizarse; yo no sé, pero ¡cómo me gustaría que así fuera con el mío!

A Sofía le gustan las fiestas. Ella tuvo la suya en febrero, y fue la que más disfrutó de entre todas las que estábamos. Pero no se divierte nada más en las suyas, pues en la de Nerus nos entretuvo a todas con un juego nuevo de prendas. Ella es mi mejor amiga, y ¡cómo no voy a decirlo!, si ahora, cuando todavía no baja su mamá al taller, después de recordarme que ella

y Nerus tuvieron vestido nuevo para sus cumpleaños, dice que podemos hacer que pase lo de mi sueño, si le contamos a su mamá, y si le pedimos que me haga el vestido, pero con la condición de no platicarle a nadie el secreto.

—¿Cuándo es el día? —nos interrumpe la señora Estrada, después de haber bajado la escalera en absoluto silencio, igual que muchas veces cuando jugaba con nosotras y nos asustaba. Nos quedamos quietas, yo sin saber qué decirle porque me daba pena. —¡Vamos, vamos!, todo está bien, ¿cuándo es el día?

—¡Ay, mamá!, ¡cómo eres! —y Sofía le explica que es al día siguiente.

—¡Bueno!, la verdad, resulta demasiado pronto, y no puedo decir que me falte trabajo. ¡Pero, Nina!, en realidad yo estoy obligada, porque eres una niña a la que siempre he querido, a pesar de que a veces me hagas decir a tu mamá una que otra cosa. ¡Sí!, el vestido se hará, no sé cómo, pero se hará, y de veras no vayan a contarlo, así tendrá tu mamá una bonita sorpresa. —Sofía me dijo que ya estaba y que si no me daba gusto y por supuesto que sí y empecé a darle las gracias a la señora Estrada (ahora me acuerdo que se las dí como cien veces). Después ella nos dijo que nos esperaríamos, subió del sótano y fue a mi casa a preguntarle a mi mamá si yo podía ayudarla, y si podía quedarme a comer en su casa. Mamá aceptó, desde luego, pero le dijo que era mucha molestia lo de la comida y “no, no es nada, de veras, al contrario”, así que voy a tener un vestido nuevo para mi fiesta de cumpleaños.

Toda la mañana hemos estado trabajando. Nunca nos habíamos quedado tanto tiempo en el taller, pero es que siempre lo hacemos para jugar y, cuando nos cansamos, la misma señora Estrada nos dice que vayamos a tomar un poco de aire al patio de la privada. Yo he tenido que estar muy quieta junto a una mesa llena de pedazos de tela y de papeles, y Sofía ha estado lista para todo lo que su mamá le dice, pasándole alfileres, deteniendo primero la cinta de medir sobre mi cuerpo.

En realidad no me había fijado antes de ahora cómo se hacen los vestidos. La señora dice que primero mide, para luego pasar esas medidas a los papeles, que son como los moldes para el vestido. Creí que Sofía y yo nos íbamos a aburrir, pero nada de eso, sobre todo cuando los papeles ya van tomando alguna forma, al prendérmelos la señora con alfileres, ayudada por Sofía. Varias veces me distraje cuando todavía me tomaban medidas, y aún después; a través de las ventanas, iguales a las que hay en todos los sótanos de las casas en la privada, Sofía y yo veíamos, tratando de reconocer los pies de los que pasaban:

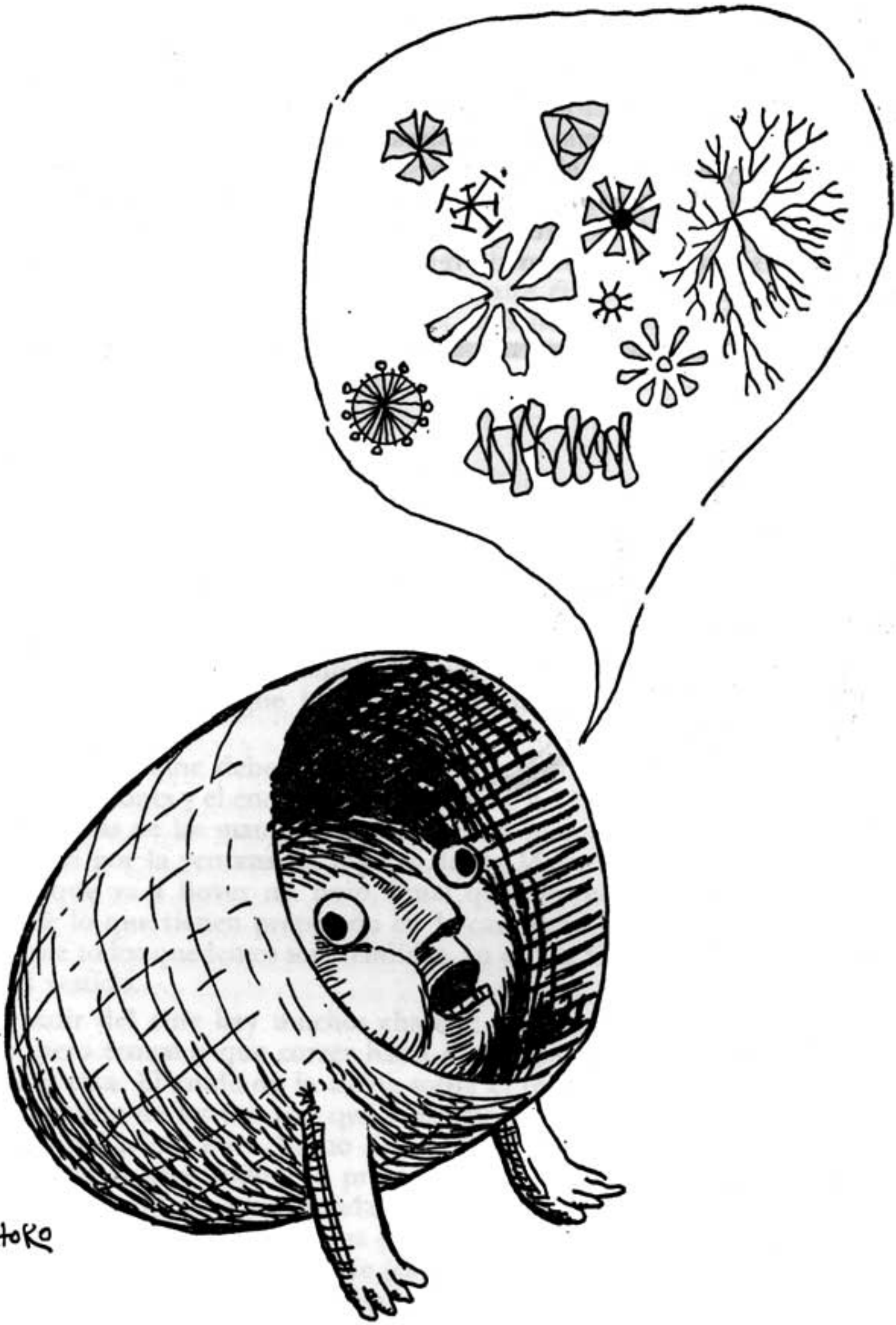
Tía Marta vino a visitar a mamá, ya que llegaron los zapatos de tacones bajos y gruesos de un café muy deslucido. Estuvieron dentro como unos veinte minutos. Después volvieron a salir, junto con las pantuflas de mamá y la parte baja de su bata, pues sigue enferma, y fueron hacia las últimas casas de la privada. Ya iba la señora Estrada en la blusa de papel, y yo con dos piquetes de alfiler que me dio Sofía, cuando volvieron tía Marta y mamá, pero acompañadas de unos zapatos muy anchos que son de la mamá de Nerus. Estuvieron las tres unos minutos frente a la puerta de mi casa. Ahora, deben estarse despidiendo. Después, van los zapatos anchos hacia el fondo, los cafés hacia la calle; las zapatillas de mamá entran por fin, poco antes de que lleguen los zapatos negros de papá a medio día.

No he podido ver más hacia el patio de la privada.

Al bajar, después de la comida, la tarde se puso muy oscura, como si quisiera llover, y tuvimos que tener las luces encendidas. Además, nos acercamos a una de las lámparas y tengo que dar la espalda a las ventanas.

Ya es media tarde, estoy casi por completo envuelta en los papeles y la señora me ve y sonrío, y dice que va a quedar muy bonito.

—Ahora, Nina, vas a irte. Ya corté las partes principales, tengo que unir las y preparar el adorno que va en el dobladillo. ¡Pero no!, no quiero que sepas todo lo que falta. Cómo quede será para ti una sorpresa. Así que me



UktoKo

vas a hacer un favor: ven mañana a recoger tu vestido a las seis, en la tarde, pero fíjate muy bien, no quiero que vengas antes, y nada le vayas a decir a tu mamá, y así será una sorpresa para ti y para ella.

Algo raro hay durante la merienda: papá y mamá se miran como si ya supieran lo del vestido, pero se sonríen y platican muchas cosas que nada tienen que ver con la fiesta de mañana. Dicen que van a cumplir doce de casados, pero nada sobre mis once años; me dan muchas ganas de insinuarles algo.

Recibo los dos besos antes de ponerme de rodillas junto a la cama y rezo fuerte mis oraciones, como cada noche, acompañada por mis papás para que no se me olviden las palabras. Le pido a mi ángel que el día de mañana sea el mejor de todos, mientras veo la cara de mamá para que me diga de la fiesta, y trato de dormir cuando entrecierran la puerta de mi cuarto.

Hoy es sábado. No sé a qué horas pusieron un jarroncito con flores sobre la mesa, ni la caja con el moño rojo. Sólo he abierto los ojos un momento porque tengo mucho sueño, no quisiera levantarme pero ya vi las flores y la caja, papá y mamá me abrazan y besan, no puedo sino despertar y bajarme de la cama. Siempre me dan mucha risa estas cosas —cuando me felicitan y me dan el regalito—, creo que me siento más contenta que en los otros días, como si no pudiera dejar de reír, igual que Sofía y Nerus en los días de sus cumpleaños.



Como es sábado papá no va a la oficina, y mamá le ha pedido me saque a pasear durante toda la mañana, que comamos fuera en un lugar que me guste y volvamos hacia la media tarde. ¡Lástima!, porque quisiera asomarme al taller de la señora Estrada.

No vi a Sofía cuando nos fuimos, pero vi a Nerus en el fondo, junto a su casa. Cuando íbamos a dar vuelta en la esquina, tía Marta llegó a la privada con unos paquetes en las manos.

Todo el día no hago más que pensar en los vestidos nuevos, en el mío, y en los de Nerus y Sofía: ¡tengo que verme muy bien para que la señora Estrada esté orgullosa!, y también mamá, y también tía Marta.

Papá me trajo a una feria. Las ferias me gustan, pero no mucho en este día, así que sonrío, para que papá no se dé cuenta que mejor quisiera estar en la privada, espiando por las ventanitas hacia el taller de costura, pero sin que mamá o papá se dieran cuenta sino hasta en la noche, cuando me vieran con el vestido puesto.

(Vi a Nerus, en el fondo, junto a su casa. Ahí estaba.) Papá y yo nos subimos a la rueda de la fortuna y, al ir bajando, me acordé de Nerus, no sé por qué la volví a ver, y vi que me miraba desde el fondo, y sonreía, porque piensa que no sé nada de la fiesta. Pero aunque no hubiera oído a tía Marta el otro día, seguro que me hubiera dado cuenta. Han disimulado muy mal todas ellas, pero nadie sabe que me he dado cuenta de los preparativos: ayer, todo ese movimiento de zapatos en el patio y, hoy, tía Marta con los paquetes en las manos. Nerus no sabe que yo sí sé, y por eso, al mirarme, sonreía.

Papá y yo comemos ahora en los puestos. Todavía estamos en la feria y parece que papá no quiere irse nunca. El ferrocarril para niños pasa cerca de nosotros muy seguido.

También me acuerdo de la fiesta de Nerus y, hoy sobre todo, me acuerdo de su vestido. Sofía tuvo razón cuando me dijo que había sido un vestido nuevo. Tenía dos moños chiquitos en las mangas, y las mangas eran cortas y bombachas. El mío lo está haciendo la señora Estrada con las mangas rectas, pero como tiene encaje me gusta lo mismo que el de Nerus. Parece que ya no sabe papá a dónde llevarme. Ve su reloj a cada momento, dice que todavía falta bastante tiempo y que nos hemos divertido mucho. Entramos a un cine que hay junto a la feria donde pasan películas de muñequitos.

Al entrar al cine debe estar el vestido terminado, o tal vez nada más le faltan los botones y el encaje en los bordes de la blusa y de la falda, y también en las orillas de las mangas. La tarde se ha puesto igual de triste que ayer cuando vi por la ventana los zapatos de tía Marta y a la mamá de Nerus, y parece que va a llover un poco, igual que anoche. Papá no me ha dicho nada de lo que tienen preparado en la casa para la fiesta. Ya quiero irme, para que todos quedemos sorprendidos, yo con la fiesta, papá, mamá y todos con el vestido.

Al salir del cine hay muchos charcos; cae una lluvia que se nota muy poco, pero tenemos que correr hasta donde paran los camiones. Vamos ya hacia la casa. El ruido de la lluvia sobre el techo es muy fuerte, y no traemos ninguno de los dos con qué cubrirnos; papá compra periódicos por si después nos hacen falta. Ya no llueve. Papá deja los periódicos y nos bajamos. Al irnos acercando a la privada no puedo notar nada diferente, sino nada más que el agua ha inundado un poco el patio. La puerta de mi casa está ya junto a nosotros. Hay luz en el taller de la señora Estrada. Nerus sale de su casa y de nuevo me sonrío (es que sabe de la fiesta). Sofía no está en el patio. Papá me dice que son las seis y cuarto, tengo que ir por mi vestido.

—Déjame saludar un momentito a la señora Estrada —le digo a papá, deteniéndole las manos.

—¿Por qué no vas con tu mamá? Es tu cumpleaños, está enferma y no te ha visto en todo el día.

—Sólo un momentito, es que Sofía me dijo en la mañana que su mamá estaba muy ocupada, pero que de todas maneras quería felicitar me, porque yo le había dicho a su mamá, no, no a su mamá, sino a Sofía, y Sofía le dijo a su mamá, que hoy cumplía once años. Déjame, nada más es un momentito.

—Bueno, en realidad hasta puede que sea mejor. Así veo si puedes entrar o si te esperas.

Corrí a la casa de Sofía sin haberle dicho a papá ninguna cosa sobre su comentario. La señora Estrada estaba todavía en la máquina. Hizo que me acercara y me acarició la cabeza. Sofía me abrazó muy fuerte. Nada más había que poner el encaje de la falda. Me encantó el vestido.

—Me falta poco, ¿por qué no estás con tu mamá unos minutos y luego vuelves?

Parece que no va a llover más. El patio tiene muchísimos charcos, salpico al brincar de uno a otro, entro a la casa y dejo de hacer ruido para que no me oigan ni mamá ni nadie. Las gelatinas están sobre la mesa. Un pastel grande y muchos pasteles chicos puestos en platos junto con la fruta. Estoy en la puerta del comedor, no han prendido las luces y no veo lo que hay sobre las mesas que distingo al fondo. Parece que están colgando cientos de globos y que también hay serpentinas. No me atrevo a entrar, no quiero que me descubran. Doy un paso, y mamá aparece de repente.

Mamá tiene puesta su bata, igual que desde hace muchos meses. Está pálida, se aprieta la bata como si tuviera frío. No nos decimos nada; vemos el comedor preparado para mi fiesta de cumpleaños y nos miramos. Después, mamá se acerca a mí y me explica que no debía yo saber de la fiesta, sino hasta el momento cuando empezara. Yo le digo que ella es muy buena al haberla preparado, pero me aclara que tuvo que ver casi nada. En su lugar, la tía Marta lo había organizado todo, pues ése era su deseo, que yo tuviera fiesta igual que Sofía y Nerus y otras niñas de la privada, pero añadió que me tenía otra sorpresa y que subiera para enseñármela. Yo nada más pienso en el vestido que me está terminando la señora Estrada, por eso le pido que me deje salir unos minutos:

—También tengo una sorpresa; sé que va a darte mucho gusto cuando la veas.

Corro a la casa de Sofía y bajo muy aprisa la escalera, la señora Estrada aún está terminando mi vestido, Sofía tiene puesto el que usó en su fiesta de cumpleaños, veo muchas veces por las ventanitas que dan hacia el patio, faltan tres botones solamente, se hace tarde y las señoras de la privada y otras llegan acompañando a sus hijas (mamá me dijo que tía Marta fue ayudada principalmente por la señorita Josefina y la mamá de Nerus), sólo un botón, las luces ya están prendidas en la casa, poco falta para que no me detenga a recibir un beso de la señora Estrada al momento de entregarme el vestido, espero en la puerta de la casa de Sofía hasta que no haya nadie que esté llegando a la fiesta, vigilo el patio y echo la carrera entre los charcos. Nerus está al fondo de la privada, me ve y sonríe.

Caigo al agua. Caigo sobre el vestido de la fiesta y me raspo las piernas y uno de los codos. Tengo la cara salpicada con agua sucia de tierra. Me pegué en la mejilla derecha. Luego, corro a casa, llorando mucho, con el vestido nuevo hecho bola y escondido. Trato de secarme las lágrimas, al cru-

zar la puerta; me ven las mamás y las niñas. Subo la escalera y la siento temblar como nunca, como si fuera de veras a caerse.

Mamá está esperándome arriba. Hace señas para que suba más aprisa. Trato de no llorar. Las lágrimas ya se me secaron, pero seguro va a notar que estoy llorando y que tengo la cara sucia.

—¡Rápido! ¿Y lo que ibas a enseñarme? Pero, ¡Nina!, ¿qué te pasó en la cara, te caíste?

—Ya no hay tiempo, mamá, están todas abajo, dime rápido: ¿qué vestido me pongo? —y dejo el que hizo la señora Estrada atrás de la puerta de mi cuarto.

—Ésa es mi sorpresa —me contesta mamá— yo no pude hacerte nada, pues estoy enferma, pero hubiera querido hacerte tu vestido, así que conseguí te lo prestara alguien —y mamá me enseña el que usó Nerus en su fiesta.

Al bajar, no sé qué siento. No puede pasar nada, pero tengo muchísimo miedo. Estoy a la mitad de los escalones. Me parece que todas las mamás y las niñas voltean a ver el vestido usado de Nerus. Mamá se queda arriba, satisfecha por haberlo conseguido, y lo mismo está abajo la mamá de Nerus; veo muy sorprendidas a la señora Estrada y a Sofía. La señorita Josefina sube algunos escalones y me habla:

—Tía Marta se disculpa, no va a venir a la fiesta.

Yo le oigo, y no sé a quién darle las gracias. Nerus está cerca; me ve, y se ríe por haberme prestado su vestido. Mamá no puede bajar, está enferma, necesito comprenderlo.

